

EL DESALIENTO

Eugenio Tironi

4 de Mayo de 1998

(Columna de opinión en revista Qué Pasa)

Después de más de ocho años en el gobierno, la dirigencia política de la Concertación parece sentirse profundamente incomoda con su posición y desea, con una fuerza ya irresistible, reinstalarse en la oposición.

Es un hecho que la mayor insatisfacción con respecto a la marcha que sigue el país no proviene de la gente en general, sino de la militancia y dirigencia de los partidos de la Concertación. Este sentimiento se viene acumulando seguramente desde 1990, pero es recién ahora que ha estallado sin control. Dos hechos han sido ilustrativos. El primero fue la acusación constitucional contra Pinochet, que dio pie para que se expresara la profunda frustración de la Concertación con respecto a lo que parecía su obra más preciada: la transición política y la recuperación de la democracia. El segundo es el surgimiento en su seno, después de los mediocres resultados de la elección parlamentaria de diciembre pasado, de una suerte de doctrina del malestar; esto es, una sofisticada teorización ñavalada recientemente por un estudio de un organismo de Naciones Unidas--destinada a mostrar que los chilenos son profundamente infelices, ya no tanto porque no logran incorporarse a la modernización, sino precisamente por lo opuesto: se han incorporado, pero descubren que ésta les estresa demasiado provocándoles diversos trastornos de tipo emocional.

Para decirlo claramente, los partidos de la Concertación no se sienten conformes con la orientación que sigue el país, ni en materias política ni en materia económico-social. Es curioso que, después de haber manejado los hilos del poder por casi una década, tanto desde el gobierno central como desde la gran mayoría de los gobiernos municipales, se transpire este grado de amargura y frustración. El descontento es el sentimiento que nutren las oposiciones para legitimarse como alternativas, no las fuerzas de gobierno. Paradojalmente en este caso, la oposición oficial (la derecha) se siente mucho más cómoda y confiada con la marcha y la gestión del país que la mayoría de la dirigencia concertacionista.

La historia es conocida. Frente a un vaso que tiene agua hasta la mitad, pueden haber dos puntos de vista, ambos igualmente válidos: desde uno de ellos, se le ve la mitad vacío, y desde el otro, se lo ve lleno hasta la mitad. Lo que cualquiera esperaría de una fuerza política que tiene a su cargo el gobierno y que desea atraer el apoyo ciudadano para seguir en él, es que asuma el segundo punto de vista; esto es, que manifieste su orgullo y satisfacción por haber logrado llenar el vaso hasta la mitad, y que invite

entonces a continuar la tarea hasta llenarlo por completo. La Concertación, sin embargo, asume el punto de vista inverso: lo que ve es el vaso semivacío, se manifiesta expectiva de que éste pueda ser llenado alguna vez si las cosas siguen como van, y se pregunta incluso si acaso vale la pena llenarlo. A lo que invita con esta actitud es a que los ciudadanos la desalojen del poder para intentar con un liderazgo nuevo capaz de alcanzar resultados mas satisfactorios. Es lo obvio.

Toda fuerza gobernante transmite siempre (o intenta hacerlo) satisfacción y orgullo por lo que ha hecho: la Concertación, en cambio, lo que transmite es una mezcla de insatisfacción y desazón. Lo que cualquiera esperaría de una fuerza que está en el gobierno, donde le restan dos años, es optimismo sobre la marcha del país: la Concertación, en cambio, lo que transmite es impotencia, pesimismo, remordimiento. ¿Qué sentido tendría elegirla para un tercer gobierno, si el balance que ella hace de su propia gestión es tan mediocre?

Pero el desaliento de la Concertación va todavía más allá. Es un hecho que la sociedad chilena, fruto de los avances que ha alcanzado precisamente durante los dos últimos gobiernos, ha logrado niveles de desarrollo que le plantean desafíos cada más próximos a los de una sociedad moderna, como los de la inseguridad, de la contaminación, de la congestión urbana, del uso del tiempo libre, de la calidad de vida, de las libertades individuales, de la globalización, etc. Para ser capaz de gestionar estos temas emergentes hay que comprender los procesos que les dan origen y creer en ellos. Esto no ocurre en los partidos de la Concertación. Sus dirigentes se sienten avergonzados de la modernización, no orgullosos de ella; quisieran suprimir sus efectos, no gestionarlos; preferirían volver a los viejos problemas antes que asumir los nuevos. Con esta actitud, no ofrecen ni pueden ofrecer un liderazgo atrayente para inaugurar el próximo milenio.

Muchos dirigentes sueñan con una "Concertación III" que se levante en oposición a las II y I, esto es, a lo realizado por Frei y Aylwin. Este transformismo no tendría ninguna credibilidad. Es preferible, en este caso, reconocer que "a la cabra la tira el monte", y permitir que la Concertación se coloque derechamente donde ya están espiritualmente muchos de sus dirigentes: en la oposición y el maximalismo, donde se sentirá cómoda ñpor finñ denunciando sin restricción el escaso avance en materia social, los límites de nuestra democracia , y las amenazas del consumismo.